

en los hatos y gritos de pastores en las lomas.

Por allí pasó Andrés al sol de la mañana, admirado, encantado, dichoso.

Se detuvo un momento en uno de los corrales donde estaban ordeñando. Una linda campesinita de negros ojos, de labios grosezuelos y rosada tez, ordeñó una vaca de ternero grande y le pasó al viajero la vasija rebosante que él mismo vió llenar. Arrimada al caballo esperó a que bebiera, y cuando el joven le preguntó cuánto le debía, repuso ella:

—Nada, señor.

Entonces Andrés dió a la muchacha un gran ramo de ale'ies, parásitas y azucenas silvestres que había cogido en el camino, acompañando el obsequio con una frase de elogio. La dulce niña recibió las flores y con ellas adornó su sombrero de paja, mientras sus compañeras reían. Entre las risas, oíanse los chorros de la leche al apagarse en los copos de espuma.

—Qué creída!—exclamó una de las ordeñadoras, asomando la cara fresca y risueña por debajo de la tubre de una vaca.

Un muchacho que en la puerta del corral atajaba los terneros, miró sombríamente a Andrés al salir éste.

Ya estaba alto el sol cuando llamó a la puerta de una gran casa de teja, cuyo extenso patio sombreábalo casi por completo una gruesa ceiba.

Tres perrazos de ladridos roncós se abalanzaron a la puerta cuando Andrés llamó. Un mozo los ahuyentó con gritos y piedras e hizo entrar al pasajero, después de contestar que sí vivía allí la familia por quien se le preguntaba. Cuando las herraduras del caballo sonaron en el empedrado del corredor, un caballero anciano, rico propietario de esa hacienda, salió a ver quién llegaba a su casa.

Andrés dijo su nombre y siendo reconocido como hijo de don Manuel del Campo, que fué amigo del viejo hacendado, recibió las más francas y campechanas atenciones, de parte del caballero y de sus hijos.

Allí almorzó y descansó un poco. Después de lo cual, con el anhelo de llegar, inútiles fueron las indicaciones de la familia para que dejara «caer el sol» antes de seguir el viaje. Se despidió, y hombres y mujeres quedaron en el corredor, viéndolo alejarse.

El caballo, que era un magnífico animal incansable, reclamaba rienda suelta e iba a trote largo por cuevas y quebradas.

Andrés lo echó al galope al atravesar la villa del Carmen, donde no quería detenerse, ni ver, ni oír nada, porque ese era un sitio funesto que suscitaba en su alma la visión de un cadáver. Pasó como si fuese perseguido por una obsesión dolorosa.

Cuando llegó al pie de la subida de Tocotá, eran más de las tres de la tarde.

Se desmontó al pie de una jigua que da sombra al río. El caballo estaba bañado en sudor y la espuma blanqueaba su piel negra y lustrosa; las anchas narices se comprimían y dilataban asesando.

Andrés le acarició las crines húmedas y crespas y le aflojó las cinchas; con lo cual el bruto se sacudió, abriendo la boca enorme como para aspirar toda la frescura que bajaba por el cauce umbrío.

En ese punto se pasa el Dagua por última vez. Es ya un riachuelo cuyo nacimiento está en el nudo de las montañas inmediatas. Sus humildes raudales serpentean entre las piedras lisas y se duermen bajo los carboneros y mayos florecidos. Allí se cree en la fábula del agua que canta.

Andrés subió de piedra en piedra, e inclinándose bebió en el hueco de una peña. Las mariposas revolotearon en torno de su cabeza.

Al volver a donde estaba el caballo, éste relinchó acalladamente, como si fuera una voz de amistad. Ya había recobrado el aliento para subir el repechón montuoso, por donde el banqueo del camino va en zig-zag sobre la tierra colorada.

Lo que esperaba a Andrés allá arri-